

La Ilustración Artística

AÑO XXVII

BARCELONA 24 DE FEBRERO DE 1908

NÚM. 1.365



El general d' Amade y su estado mayor presenciando desde lo alto de una colina uno de los combates en las inmediaciones de Settat



Las tropas del general d' Amade atravesando el río Neffigh

Marruecos.—Las últimas operaciones realizadas por las tropas del general d' Amade. (De fotografías de M. Rol y C.^{as})

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La muerte del recuerdo*, por Carmen de Burgos (Colombine). — *Galería de los Uffizi de Florencia. — Robo de valiosas joyas de la corona inglesa en Dublín. — París. El nuevo juego del «yoko» y el nuevo baile «la danza del velo».* — *El almirante Ferreira de Amaral, presidente del Consejo de ministros de Portugal. — Nuevo aparato para transportes de guerra. — París. Monumento á Scheurer-Kestner. — Problema de ajedrez. — Alegre, novela de G. Martínez Zuviria (continuación). — El notable medallista holandés J. C. Wienecke. — Dos cuadros del Greco, existentes en la capilla de San José, de Toledo. — Marruecos. Las últimas operaciones realizadas por las tropas del general d'Amade.*

Grabados.—*Marruecos. El general d'Amade y su estado mayor presenciando desde lo alto de una colina uno de los combates de las inmediaciones de Serrat. — Las tropas del general d'Amade atravesando el río Neffliffgh. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento «La muerte del recuerdo.»* — *Galería de los Uffizi de Florencia, colección de auto retratos de artistas célebres (lámina 8.^a).* — *Las insignias de la orden de San Patricio que fueron robadas en el castillo de Dublín. Vista del castillo de Dublín. Patio del castillo. Sir Arturo Vicars, rey de armas y custodio de los diamantes regios de Dublín. — El nuevo juego del «yoko» ó del trombo volante. El nuevo baile «La danza del velo» ó «ballon ballon» (de fotografías de Carlos Trampus). — Canto religioso, cuadro de Pablo Barthel. — En la taberna, cuadro de J. Malhoa. — El almirante Ferreira de Amaral (retrato). — Nueva locomóvil para transportes de guerra. — Monumento erigido en París á Scheurer-Kestner. — Dibujos de Cutanda que ilustran la novela Alegre. — Medallas y planchitas del artista holandés J. C. Wienecke. — San José y La coronación de la Virgen, cuadros de la capilla de San José de Toledo, obras del Greco. — Marruecos. Paso del río Neffliffgh por la sección aerostática.*

REVISTA HISPANO AMERICANA

Guatemala: el ferrocarril interoceánico: Estrada Cabrera juzgado por amigos y adversarios. — *Panamá:* candidatos á la presidencia. — *Venezuela:* sentencias contra Compañías ó empresas extranjeras: el presidente Sr. Castro. — *República Argentina:* la clausura del Congreso: conflicto entre los poderes legislativo y ejecutivo. — *Chile:* puertos y ferrocarriles: los nitratos: la huelga y el Congreso obrero: la inmigración europea y disposiciones tomadas para atraerla.

En el mismo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en que se publicó la anterior «Revista hispano-americana,» aparecía el retrato del presidente de Guatemala, Excmo. Sr. D. Manuel Estrada Cabrera, á cuyas perseverantes gestiones para activar las obras públicas que más interesan al país se debe la terminación de las del ferrocarril interoceánico, es decir, entre el Pacífico y el Atlántico, ferrocarril solemnemente inaugurado el día 21 de enero último.

La magna empresa, en que tantas y tan fundadas esperanzas de riqueza y prosperidad nacionales cifran los guatemaltecos, está realizada, y es nuevo motivo que aprovechan los partidarios de la actual situación política para enaltecer y glorificar al Sr. Estrada Cabrera, á quien nos lo presentan como otro Washington, «el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos.» Ponen en su haber los centenares de escuelas creadas en Guatemala, las periódicas fiestas de Minerva, el fomento y consiguiente desarrollo de los intereses materiales, el prestigio, la influencia, la autoridad moral que ha logrado ganarse en todo Centroamérica. Mas si en libros, folletos y prensa periódica se leen tales juicios, no faltan en otros, allá en América y aquí en Europa, acerbas críticas y censuras durísimas contra el actual presidente de la República, á quien nos lo pintan como político soberbio que abusa del poder y que aprisiona, tortura y mata al adversario que cae en sus manos.

Diffícil es, en los tiempos que corren, formar idea exacta de los hombres y las cosas por lo que el libro y el periódico nos dicen. Cada cual juzga á los unos y refiere las otras según más le conviene, y no son pocos los escritores que acuden á la prensa con propósito deliberado de desfigurar los hechos para ensalzar ó deprimir á determinadas personalidades. Y aun quien de buena fe imprime dato que estima como cierto y expone criterio que le parece imparcial y justo, suele incurrir en error por falta de buena información ó sobre de prejuicios. Por esto con harta razón puede conjeturarse que los historiadores futuros han de encontrar, en el enorme caudal de fuentes de conocimiento impresas, mayores dificultades para inquirir y apreciar los hechos que las que hoy se tienen para hacer ó rehacer la historia de los siglos en que no existía ó no se había generalizado la imprenta tanto como en nuestros días.

Ante la multitud de informes contradictorios y abrumado por papeles y más papeles, en los que no hallará medio de descubrir la verdad, el historiador acabará por tomar el éxito como único criterio de ella. Así, por ejemplo, si bajo la administración de Estrada, Guatemala se engrandece y prospera de modo sólido y permanente, ese gobernante será una gran figura de la historia de Centroamérica en los

primeros años del siglo xx; si sus adversarios se imponen, si una revolución lo arranca del poder, y por más ó menos tiempo la anarquía ó el desorden reina en Guatemala, Estrada Cabrera será... un tirano fracasado, un perturbador más.

* *

El presidente de la República de Panamá, señor Amador Guerrero, que ha hecho una excursión por Europa, estaba de regreso en su país á fin de 1907.

Ha empezado la campaña para la renovación de la presidencia, que se hará en esta primavera, debiendo entrar en funciones el electo en 1.^o de octubre próximo. Se duda que el actual presidente, á causa de su avanzada edad, consienta en ser reelegido. Entre otros candidatos se citan al Sr. Obaldía, de mucho prestigio en la República y que ha presidido interinamente, al vicepresidente Sr. Boyd, al Sr. Arango, ministro en Washington, y á D. Ricardo Arias, ex ministro de Relaciones exteriores. Es de suponer que será presidente quien más convenga á los yanquis.

* *

Castro y los tribunales venezolanos siguen sentando la mano á las Compañías extranjeras. Una sentencia del Supremo Tribunal federal ha anulado la concesión hecha á la Compañía franco-venezolana de ferrocarriles, condenándola además á pagar indemnización al gobierno, que éste fija en un millón de pesos oro. La misma suerte ha cabido á la Compañía inglesa que obtuvo el monopolio de las cerillas fosfóricas. Ni una ni otra cumplían las cláusulas de los respectivos contratos.

Como se ve, esos extranjeros que acometen empresas industriales ó financieras en Hispanoamérica, y que estaban acostumbrados á hacer mangas y capirotes de cuanto les venía en gana, fracasan en Venezuela. La firme y perseverante actitud de Castro frente á tales Compañías y á las potencias que más ó menos directamente las apoyan, parece que debía valerle gran popularidad en el país. Sin embargo, no es así. Castro se mantiene en el poder; mas no inspira entusiasmos. Los años pasan, y las esperanzas que en él muchos fundaban no se realizan. Hace alarde de energías, pero no acierta á sumar voluntades, á atraerse el concurso de personalidades de gran prestigio en la República, á crear una situación firme y sólida que se gane la confianza pública y aparte todo temor de revoluciones. Acaso no haya en Castro el perfecto equilibrio de facultades que es condición necesaria á todo buen gobernante.

* *

A principio de este mes de febrero, los periódicos de mayor circulación de Europa reproducían una nota de la respectiva legación argentina que, poco más ó menos, decía así: «El Congreso se ha disuelto, acatando el decreto de su clausura: algunos diputados y senadores protestaron; pero la opinión permaneció indiferente. El pueblo aclamaba en las calles al presidente de la República. No se alteró en lo más mínimo la normalidad administrativa y comercial.»

¿Qué había sucedido? Un estado anormal en la vida de la República por falta de inteligencia entre este poder y el ejecutivo. Ni el Congreso ni el Senado tomaban en consideración las cuestiones varias sometidas á su examen ó estudio, ni siquiera al proyecto de ley de presupuesto que debía quedar aprobado antes de terminar el año. El obstruccionismo de las oposiciones se imponía y el poder ejecutivo cortó por lo sano, declarando cerradas las sesiones de las Cámaras, retirando todos los proyectos sometidos á deliberación, y mandando, de Real Orden como aquí diríamos, que rigiese en 1908 el presupuesto de 1907. Son cosas que ocurren en las democráticas Repúblicas de América; pero que no suelen suceder, so pena de graves contratiempos para quien lo intenta, en las monarquías constitucionales de Europa.

La resolución del presidente venía motivada en el decreto de que se trata. No sólo el Congreso de Diputados aplazaba indefinidamente la discusión de los proyectos de ley, sino que ni se reunía el Senado; por otra parte, la prolongación de las sesiones del Congreso era contraria á la ley constitutiva, según la cual aquél no ha de estar abierto más de cinco meses al año, aunque concediendo al poder ejecutivo la facultad de convocar á sesiones extraordinarias para tratar únicamente de asuntos urgentes. No hay aquí, en verdad, razón que cohoneste el airado acuerdo del ejecutivo, porque ¿qué asunto más importante y urgente que la aprobación del presupuesto?

Existe, pues, en la República Argentina conflicto

entre los poderes legislativo y ejecutivo, lo que puede ser ocasión de lamentables disturbios en el orden público. Casi todos los partidos condenan la actitud del presidente. Hubo conatos de resistir por parte de muchos senadores y diputados, y como medida de precaución, fuerzas de policía ocuparon el palacio del Congreso. Aquéllos, no obstante, decidieron al fin mantenerse en el terreno legal, aplazando para último extremo cualquier acto de carácter revolucionario. No está conjurado el peligro de un movimiento popular.

* *

Los consabidos cambios de ministerio, los trabajos de puertos y ferrocarriles, la cuestión de los nitratos, las huelgas, las disposiciones tomadas para fomentar la inmigración, han sido los hechos de mayor relieve en Chile durante los últimos meses.

De las modificaciones ministeriales poco hay que decir. Lo de siempre: disentimientos entre los ministros y nuevos gabinetes.

Prosiguen con actividad las obras del puerto de Valparaíso, donde se proyecta construir una gran dársena. Se han votado créditos para reformas ó mejoras en los puertos de Valdivia y Coronel. La Comisión del Almirantazgo sigue estudiando el plan de defensa del litoral.

Se inauguró el ferrocarril eléctrico de Talcahuano á Concepción, y no hay las dificultades que se suponían para el cumplimiento del tratado con Bolivia en lo referente á la construcción del ferrocarril de Arica á La Paz.

Memorias de carácter oficial publicadas en Washington consignaban que si continúa la actual exportación de los nitratos de Chile, los yacimientos quedarán agotados en la 2.^a mitad del presente siglo. Los delegados ó representantes de las Compañías salitreras de Antofagasta se han apresurado á desmentir á los autores de esos informes, que consideran inexactos y perjudiciales á los intereses de las Compañías y de la nación.

El año 1907 acabó con formidable huelga de los obreros de esas minas. Hubo sangrientos choques en Iquique entre aquéllos y la fuerza pública, y los trabajos se paralizaron durante muchos días. Reunióse un Congreso obrero que dirigió al presidente de la República un escrito, amenazando con huelga general si el gobierno no aceptaba las reformas propuestas. Pero surgieron disidencias entre unas y otras sociedades obreras, protestando algunas contra los acuerdos del Congreso, y el conflicto parece terminado. Sin embargo, muchos obreros emigran y en varios campos salitreros aún están interrumpidas las labores.

Entre los muchos perjuicios que esas huelgas causan, no es el menor la reducción del contingente obrero. Para las explotaciones mineras, para las industrias fabriles, para las faenas de la agricultura, hacen falta en Chile brazos que trabajen; sin ellos es de todo punto imposible activar el aprovechamiento de las riquezas naturales del país. Es ésta una de las Repúblicas americanas menos favorecidas por la inmigración europea; hay, pues, que atraerla y á ello atienden varias de las disposiciones dictadas recientemente por el gobierno. Créanse y se organizan sobre nuevas bases agencias en Europa y se trata de subvencionar una línea de vapores-correos para que se encargue del transporte de inmigrantes hasta el puerto de Valparaíso. Habrá un jefe ó agente general de inmigración, con residencia en Italia, de quien dependerán agentes subalternos, delegados especiales y médicos.

A Italia, que es hoy por hoy el país que más inmigrantes proporciona, dirigen los chilenos su principal esfuerzo. En efecto, según los últimos datos publicados, de carácter general, y relativos al año 1905, en un total de 1.500.000 emigrantes europeos, figuran los italianos con 459.000 individuos (siguen 262.000 ingleses, 197.000 rusos, 187.000 austro-húngaros, 147.000 españoles, etc.). Casi toda esa emigración va á América. Los Estados Unidos y Canadá se llevan 1.076.000, la Argentina 214.000, Brasil 53.000, Cuba 36.000, Uruguay 7.000, México 5.000. Descontados los que emigran á países de Asia, Africa y Oceanía, que son poco más de 100.000, quedan 3.000 para todas las demás Repúblicas de América no citadas expresamente. Es, pues, muy exigua, insignificante, la inmigración europea que recibe Chile, y se comprende el empeño que ponen sus gobernantes en aumentarla. Pretenden además escogerla con el mayor cuidado, para lo cual las agencias harán previos reconocimientos é informaciones y no admitirán individuos enfermos ó de malos antecedentes morales. Los escogidos harán el viaje á Chile por cuenta del Estado.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA MUERTE DEL RECUERDO



... después de calzarse reposadamente los guantes...

Sentado cerca de la lumbre, perezosamente envuelto en su pelliza de pieles, el viejo senador contemplaba cómo caía la nieve en el jardín.

Los delicados cristallitos prismáticos venían en una lluvia de pétalos de jazmín a cubrir con su blancura la desolada tristeza de los desnudos troncos, empavesados por la nieve como si les envolviesen guirnaldas de misteriosas flores, nacidas en el aire.

Toda la tierra cultivada y la arena de los senderos se ocultaban bajo la nivea alfombra, y las plantas verdes, las escasas flores amarillas y rojas de la estación invernal parecían broches de esmeraldas, corales y oro del virgineo manto en que la Naturaleza envuelve su perezoso sueño, para despertar, estallando en raudales de savia, al primer beso del sol de primavera, enamorado esquivo, que rompe cada año su velo de castidad.

Un criado anunció desde la puerta:

—El señor está servido...

Al mismo tiempo los cristales y el pavimento retemblaban con el rodar silencioso de las enlantadas ruedas de un coche en el patio.

Perezosamente se rodeó el anciano al cuello la bufanda de piel forrada en seda, se abotonó el abrigo de arriba á abajo, introdujo en el bolsillo la tabaquera, afianzó sobre la nariz las gafas que ocultaban los hundidos ojos y, después de calzarse reposadamente los guantes de piel, tomó el bastón y el sombrero que le presentaba el ayuda de cámara, y salió, tapándose la boca con el pañuelo, tardo el paso, como si le costase trabajo dejar su gabinete en aquel día de frío.

Un secretario alto, rubio, atildado, de patillas simétricas é irreprochable traje, se inclinó á su paso ceremoniosamente, esperando que el señor se dignase dirigirle la palabra; pero D. Juan señoró sin mirarlo ni preocuparse de su presencia.

—¿Deja mandado algo el señor?, preguntó con timidez.

—Nada.

Ya el lacayo sujetaba abierta la portezuela del coche... El secretario volvió á inclinarse con esa rigidez de los aduladores, que parecen tener una articulación más en su espina dorsal para doblar servilmente el cuerpo, y el carruaje partió con el cadencioso trotar de su tronco normando.

Encendió un cigarro D. Juan y se arrellanó sobre los almohadones azules, mientras el coche cruzaba las calles de Caballero de Gracia, Peligros y Alcalá para salir al Prado. Allí lucía con toda su blancura la nieve. Grupos de chiquillos y mozalbetes corrían sobre ella, ensuciando con los pies su transparencia, contentos y satisfechos los pulmones de respirar aquel aire puro y sereno, cuya ligereza centuplicaba la actividad. Perseguíanse unos á otros, arrojándose puñados de nieve que se deshacía en espuma blanca; rodaban algunos esas enormes bolas consagradas como imagen de la calumnia y de la murmuración, porque según corren engruesan y se enlodan. Varios artistas improvisados se entretenían en modelar con aquel mármol blando estatuas y caricaturas, con tanto esmero como si algunas horas más tarde su obra no hubiera de convertirse en agua sucia. Se respiraba la poesía de la blancura de la nieve, cuyo gran encanto consiste en su misma fragilidad, en lo inestable, en lo fantástico, lo ideal de su vida corta..., símbolo de lo irrealizable, de lo soñado, de todas las ilusiones que no pueden detenerse.

Había un rayo de envidia en los apagados ojos del viejo senador viendo á los muchachos correr, azotarse, caer y revolcarse sobre aquella alfombra, que se hundía á su peso como mullido vellón de lana, con crujido de cristallitos que se quiebran.

Recordaba en su abrigado coche el tiempo feliz de la infancia y la adolescencia, cuando medio desnudo y hambriento jugaba entre los copos de nieve en el Retiro ó la Moncloa.

¡Qué lejos estaba aquel tiempo!

¡Era una existencia pasada!

Se recordaba con tristeza; no había nada de común

entre él, D. Juan, y aquel Juanillo de los primeros años de su vida.

Juanillo había muerto; ni una molécula del cuerpo joven, fuerte y gracioso quedaba en su pobre, achacosa y vieja armadura. Sólo escasas reminiscencias de la voluntad, de los afectos que *el otro* sintió revivían aún en él. Pensaba con terror que se muere varias veces antes que la disgregación final del individuo separe sus moléculas, formando otras combinaciones en el transcurso de los siglos. Sí, se muere varias veces. Cada una de las nuevas épocas de la vida, cada uno de esos cambios de costumbres, de afectos, que se verifican en nosotros, es la muerte de nuestro propio ser, la renovación de un *yo* que expira. ¿Qué le quedaba de las edades anteriores? Tristeza, cansancio, desengaños; amargura de los recuerdos vividos, de aquellos desdoblamientos de su mismo ser, ya sepultados.

Sin duda por eso la monotonía de la existencia nos aflige como una vejez anticipada y los cambios nos apenan. Lo que se separa, lo que se aleja, lo que se olvida, muere. Por eso es tan triste olvidar.

Recordaba sus existencias pasadas; había muerto ya la niñez miserable y feliz; la adolescencia trabajosa y mezquina, la juventud de luchas, ambiciones... y hasta bajezas con tal de sobresalir entre la vulgaridad de las comparsas humanas, nacidas para asistir á las representaciones de la vida de los demás, aplaudiendo ó censurando las comedias que se hacen á sus expensas, pero sin pasar jamás de las galerías al escenario. Era esta la época en que más había vivido, el cielo de las esperanzas, del amor. D. Juan recordaba la imagen de una mujer que iluminó su vida con reflejos de ópalo.

Sacrificó su amor á la ambición, á un casamiento que le abrió las puertas de la política y del gran mundo. Había visto sus aspiraciones satisfechas: lujo, influencia, poderío, pero nunca volvió á ver á la mujer que amaba. Supo que era directora de un centro de enseñanza oficial en una provincia y que

continuaba siempre soltera; pero su abandono había sido tan infame, que jamás se atrevió á tener el cinismo de intentar verla, y sin embargo, ¡cuánto la había amado! ¡Cuántas veces la recordó en el solitario hogar de viudo, sin hijos ni familia! En muchas ocasiones pensaba cuánta alegría pudo traer á aquella casa la mujer inolvidable, compañera de sus luchas y ambiciones juveniles... Hasta algún día pensó en ir á buscarla, pedirle perdón..., ser feliz con la dulce abnegación de aquella vestal de un amor único... Unas veces la reflexión de su posición social triunfó de su sentimiento... Otras, las tareas urgentes del Parlamento y la organización del partido aplazaron su resolución... Algunas, los éxitos y las ocupaciones se la hicieron olvidar... ¿Por qué surgía de nuevo en aquel día de invierno, entre la nieve de su ancianidad, la imagen de aquella mujer? Era una evocación extraña, una especie de Telepatía, como si una corriente eléctrica le agitase. Por un momento creyó no estar solo, sentir un aliento á su lado, la proximidad de otro ser, de un fluido, de otro pensamiento que solicitase con fuerza el suyo, y miró sobresaltado en torno.

La figura de ella se conservaba en su memoria tal como la última vez que la vió, sonriente, tranquila, sin desconfiar de su amor, sin que ni un solo lado de su pecho le anunciase la traición del amante, que la sacrificaba á la ambición. ¡Cuánto sufrió él también! Necesitó recordar todos los placeres que el mundo le ofreciera después de su matrimonio para consumir su traición... Hasta se engañó á sí mismo para poderse ir, diciéndose que volvería de nuevo.

¡Pobre Alicia! Soportó su abandono sin un grito, sin una queja... No le molestó jamás... Y sin embargo él supo que no dejó de amarle nunca... Se lo habían asegurado viejos amigos... y lo oía siempre con satisfacción.

Ya hacia muchos años que nadie le hablaba de la historia aquella..., enterrada en un pasado remoto.

Creía ver á Alicia aún con su belleza rubia, pálida, de rostro de marfil y manos de hostia, quebradiza y frágil como flor de almendro temprano. Le parecía que se acercaba á él con la mirada dulce de sus ojos claros, de extrañas cambiantes de acervo, tan ingenuos y tan puros como un lago que dejase ver el fondo de sus pensamientos.

Ni por un momento le ocurrió nunca la idea de las transformaciones que había operado el tiempo. La creía alta, erguida, grácil, con su talle delicado y esbelto. Más de una vez volvió la cabeza en la calle al paso de una joven rubia, delgada y frágil, diciendo: «¿Será ella?»

El coche se detuvo en la puerta del Ministerio de Fomento. D. Juan subió la escalera lentamente, tapándose la boca con el pañuelo, devolviendo los saludos sin pararse, y penetró en la sala de espera.

—¿Aviso al señor subsecretario?, preguntó el portero.

—No, no tengo prisa, esperaré que termine de todo, murmuró D. Juan, sentándose en el ángulo de un sofá, cerca de una de las ventanas.

Quedaban unos diez visitantes, que iban siendo llamados por turno ante el subsecretario. La prontitud con que se hacían los llamamientos probaba la poca atención que se les prestaría. Pero los pretendientes se iban contentos, creyendo haber sido escuchados.

En el gabinete cercano se escuchaba el ruido de conversar de los escribientes, que abrían y comentaban la correspondencia del jefe.

La gran antesala, alta de techo y mal guarnecida de muebles, tenía algo de solemne; todos hablaban en voz baja y los desconocidos se miraban unos á otros con recelo. De vez en cuando se apartaba el portier y un nuevo visitante junto á la puerta se detenía, deslumbrado, buscando una orientación entre todas aquellas gentes que esperaban. Algunos jefes de Negociado, con la cabeza descubierta, paso ligero y el legajo de papeles debajo del brazo, entraban y salían en el despacho del subsecretario.

D. Juan lo contemplaba todo, causando la envidia de los atormentados por larga espera. En el estado de su espíritu veía lo ridículo, lo cómico, lo vano de toda aquella farsa de egoísmos, luchas y miserias. Sin duda acababa de morir en su alma la ambición y veía claro la insignificancia de lo que antes le parecía grande.

Una señora sentada en el otro extremo del sofá atrajo su atención; llevaba un traje color marrón y una capota violeta sobre los cabellos blancos, blancos como la nieve del jardín. Sostenía con trabajo el corsé un cuerpo flácido, de pecho hundido, al que no se ceñía la floja tela de su traje. La carita arrugada, color tabaco seco, sumida la desdentada boca, en punta la barbilla y tallado en nervios el cuello. Aquella anciana tenía para D. Juan un extraño en-

canto. ¿Por qué? Acaso por la plata de los cabellos, sobre los que parecía un pensamiento temprano la gorrita violeta. Acaso por los ojos claros, dulces, tranquilos, que brillaban juveniles dentro de las hundidas órbitas sin pestañas. Le parecía conocer la caricia de una mirada semejante...

—Doña Alicia Moreno, dijo el portero mayor, llamando á la anciana, que se dirigió con paso vacilante al despacho del subsecretario.

¡Alicia Moreno! ¡Alicia Moreno! ¿Había oído bien? Trémulo, formuló su pregunta al portero.

—¿Quién es esa señora?

—Doña Alicia Moreno, la directora de la escuela de X.

¡Oh! ¡Era ella! No cabía duda. Entonces pensó por vez primera en las transformaciones de los años transcurridos. Sus existencias de jóvenes habían pasado hasta el punto de no conocerse.

Y sintió una amargura infinita al perder la visión de aquel rostro juvenil y fresco para substituirlo con la imagen de la anciana de cabellos blancos. ¡Imposible! Alicia seguiría viviendo joven en sus recuerdos...; y la anciana no tenía nada de común con ellas... Entonces, con temor supersticioso, se explicó el pertinaz recuerdo del coche hacia aquella mujer que se le acercaba. ¿Le recordaría ella también? Evocó la caricia de los ojos claros, la simpatía misteriosa que les aproximaba, y por un momento pensó en los últimos días de una vejez dulce con las remembranzas de queridos recuerdos... Sí, al salir Alicia de aquel despacho la seguiría..., le pediría perdón... En su memoria se confundían de nuevo, bajo la mirada clara, la Alicia de cabellos blancos y la Alicia de cabellos rubios.

Se entreabrió la puerta y apareció entre las cortinas la curva silueta de la anciana.

—Señora, murmuró D. Juan, aproximándose. Se hablabo, ¿verdad? y miró tranquila, esperando. El no sabía, ¿qué decir? ¡No lo conocía! Sin duda ella guardaba otra imagen de juventud.

—Caballero, repuso al fin una voz cascada, admirando el largo silencio.

—Este pañuelo, ¿es de usted?, preguntó el senador, recogiendo el suyo del sofá.

—No, señor.

—Creí..., taitamudeó.

—Gracias, repuso ella con voz tranquila, saliendo.

—¡No me ha reconocido!, exclamó él, viéndola alejarse lentamente. ¡Más vale así! Es preferible que no conozca el dolor de ver morir en el alma una imagen de juventud y amor acariciada tanto tiempo. ¡Para ella al menos vivirá el recuerdo!

Y se limpió apresuradamente los ojos con el pañuelo, mientras guardaba en el bolsillo los empañados lentes para entrar en el despacho del subsecretario, que llamaba obsequioso desde la puerta:

—¡Mi querido D. Juan!..

CARMEN DE BURGOS.

(Colombine.)

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS

DE ARTISTAS CÉLEBRES

VIII

Carlos Le Brun.—Nació en París en 1619 y murió en la misma ciudad en 1690. Hijo de un notable escultor, fué discípulo de Vouet, y en vista de sus felices disposiciones para la pintura, dispénsóle su protección el canciller Seguier, que le envió á Roma á perfeccionarse. A su regreso adquirió notoriedad por medio de algunos cuadros que fueron muy aplaudidos, apoyándole con su favor Richelieu, Mazarino y Fouquet, logrando, por último, ser acogido por Luis XIV, que le nombró director de los Gobelinos y rector de la Academia de Pintura. Ejerció una á modo de dictadura, odiosa para los demás artistas, y murió de despecho por haberse declarado Louvois protector de su émulo Mignard. Alábanse sus producciones por la riqueza de la composición y por su carácter decorativo, citándose entre sus obras capitales *Las victorias de Alejandro*, en el Louvre; *Derrota de Magerius*, en los Gobelinos; *Los trabajos de Hércules*, en Versalles, y numerosos retratos.

Jacobo Courtois.—Nació en Saint Hippolyte (Francia) en 1621 y murió en Roma en 1676. A los quince años había adquirido ya cierta práctica en el dibujo y la pintura, de manera que al cabo de algún tiempo le fué posible trasladarse á Italia agregado al ejército francés, dibujando escenas de la vida de campaña, marchas, combates, etc., permaneciendo en Bolonia durante algunos meses, en donde comen-

zó á cultivar el género histórico. Desde allí pasó á Florencia y después á Roma, ejecutando en las dos ciudades, así como en Siena, algunas obras importantes. El inesperado fallecimiento de su esposa sumió al artista en el mayor abatimiento, retirándose á un convento de jesuitas. Entre sus cuadros merecen citarse los titulados *Josué deteniendo el sol*, *Moisés durante el combate con los Amalecitas*, etc.

Lucas Giordano.—Nació en Nápoles en 1632 y murió en la misma ciudad en 1705. De origen español, recibió sus primeras enseñanzas de otro artista español, el valenciano Rivera, de cuyo taller concurrió durante nueve años, al cabo de los cuales y cuando ya causaba admiración por la perfección de sus dibujos, salió furtivamente de la casa paterna, trasladándose á Roma, ingresando en el estudio de Pedro de Cortona. Más por interés que por afecto, presentóse en Roma su padre, enterado del éxito que alcanzaba el joven artista. Su tutela fué penitosa para Giordano, puesto que sucumbió al afán paterno de producir y atesorar, llegando al extremo de copiar obras de otros pintores eminentes, vendiéndolas como suyas ejecutadas. Esto no obstante, precisó confesar que realizó algunas producciones notables, extendiéndose su fama hasta el punto de ser llamado por el rey Carlos II de España, que le asignó una crecida pensión, colmándole de honores y distinciones, decorando la gran escalera del Escorial y la de la capilla, el palacio del Buen Retiro, la sala de Embajadores del palacio real, etc. Entronizado Felipe V, regresó al poco tiempo á Italia, ya que el nuevo monarca no le dispuso iguales favores, muriendo de una fiebre pútrida, y legando á sus hijos una cuantiosa fortuna.

Domingo Cresti.—Nació en Passignano (Toscana) en 1650 y murió en Florencia en 1698. Colocáronle sus padres en una librería de Florencia; mas poco inclinado á tal profesión, comenzó á estudiar la pintura, teniendo sucesivamente por maestros Macchietti, Naldini y Zuccharo. Tales fueron sus adelantos, que fué llamado á Pisa para ejecutar trabajos de gran importancia, á los que siguieron otros en Venecia, Florencia y Roma, recibiendo en todas partes señaladas distinciones, entre otras la investidura de caballero de Cristo que le confirió el papa Urbano VIII. Las obras de este artista demuestran una habilidad prodigiosa y una rapidez de ejecución que nadie superó.

Nicolas Largillière.—Nació en París en 1656 y murió en la misma ciudad en 1746. Apellidado el *Van Dick* francés, pasó sus primeros años en Bélgica y en Inglaterra. De regreso en Francia, y protegido por Van der Meulen y Lebrun, dióse pronto á conocer como excelente pintor de retratos, ingresando como profesor de la Academia. Cítanse entre sus obras las tituladas *Huida á Egipto*, *Ascensión de la Virgen*, etc.

José Vivien.—Nació en Lyon en 1657 y murió en Bonn en 1735. Fué discípulo de Lebrun, distinguiéndose por sus obras ejecutadas al pastel. Merecen recordarse *El príncipe Eugenio*, *El duque de Baviera*, *El obispo de Munster*, etc. Murió en el palacio de su protector, el elector de Baviera, cuando pintaba el gran cuadro representando *La familia electoral de Baviera*, vasta composición destinada á reconciliar las dos ramas de dicha familia.

Adriano Van der Werffdam.—Nació en Krahinger-Ambacht, cerca de Rotterdam, en 1659 y murió en esta última ciudad en 1722. Desde sus primeros años mostró las mejores disposiciones para el dibujo, estudiando la pintura con Picolet y Van der Neer. Emancipóse á los diez y seis años, y sin guía ni maestro comenzó á trabajar, realizando tales progresos, que el elector palatino le concedió una pensión y un título de nobleza. Produjo varios cuadros de asuntos históricos, de la vida privada y retratos, todos ellos de pequeñas dimensiones.

Jacinto Rigaud.—Nació en Perpiñán en 1659 y murió en París en 1743. Comenzó á estudiar la pintura en Montpellier, trasladándose después á Lyon y á París con el propósito de perfeccionarse. Tales muestras dió de sus aptitudes, que fué admitido en la Academia como pintor de historia y de retratos. Hizo varios retratos de Luis XIV, de la familia real y de varias notabilidades, distinguiéndose con varios honores y pensiones. Sus cuadros figuran en las principales galerías de Europa.

Francisco Van Mieris.—Nació en Delft en 1689 y murió en 1763. Llegó á ser el mejor discípulo de Gerardo Dow. El número de sus cuadros es muy considerable, citándose entre ellos *Una mujer tocando la guitarra*, en el Museo de Amsterdam; *Una joven* y varios retratos, en el de La Haya; *Mujer en su tocador*, *Dos señoras tomando te*, *Interior de una casa*, en el de París. Abreviáronse sus días por los excesos del vino.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

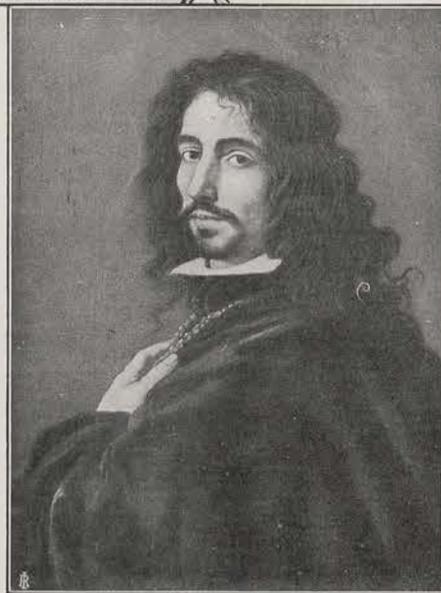
Auto-retratos de artistas célebres



Carlos Le Brun, francés (1619-1690)



Jacobo Courtois, francés (1621-1676)



Lucas Giordano, italiano (1632-1705)



Domenico Cresti, italiano (1650-1698)



Nicolás Largillière, francés (1656-1746)



José Vivien, francés (1657-1735)



Adriano Van der Werff, holandés (1659-1722)



Jacinto Rigaud, francés (1659-1743)



Francisco Van Mieris, holandés (1689-1763)

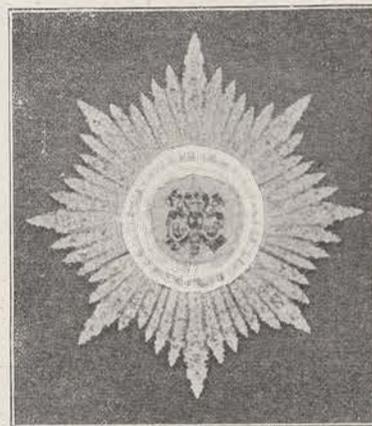
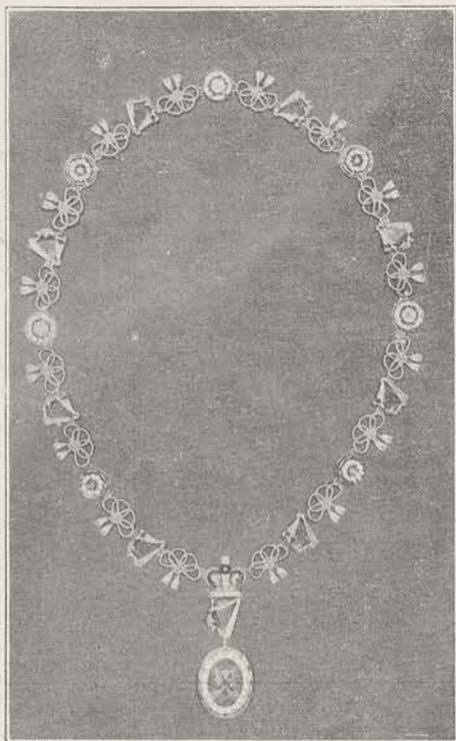
ROBO DE VALIOSAS JOYAS DE LA CORONA INGLESA EN DUBLÍN

Durante el verano próximo pasado, el rey Eduardo VII de Inglaterra realizó una excursión por el país de Gales y por Irlanda. Grande interés despertaba

blín que la de Londres, ha puesto grande empeño en descubrir á los culpables; pero hasta el presente los ladrones no han sido habidos, ni se tiene la menor pista para dar con ellos ni con las joyas robadas, no obstante tratarse de diamantes de clase y de talla particulares que hace fácil su reconocimiento y por ende difícil su enajenación.

extrañas suposiciones, no faltando en Inglaterra quien crea que razones muy poderosas y de índole especialísima impiden esclarecer el suceso que todavía preocupa á una buena parte de la opinión inglesa.

La orden de San Patricio, que se opone del jefe supremo, que es el rey de Inglaterra, del gran maestro, que es el lord teniente gobernador general, y de veinte caballeros, fué instituida en 5 de febrero de 1783 por Jorge III, rey de Inglaterra, para recompensar los servicios prestados al Estado por la nobleza irlandesa; de aquí el nombre que lleva y que es el del santo patrón de Irlanda. Su divisa, *Quis separabit* (Quién los desunirá), alude á la reunión de los tres reinos de Inglaterra, Escocia é Irlanda; el mismo significado tiene el trébol que ostentan todas las insignias.



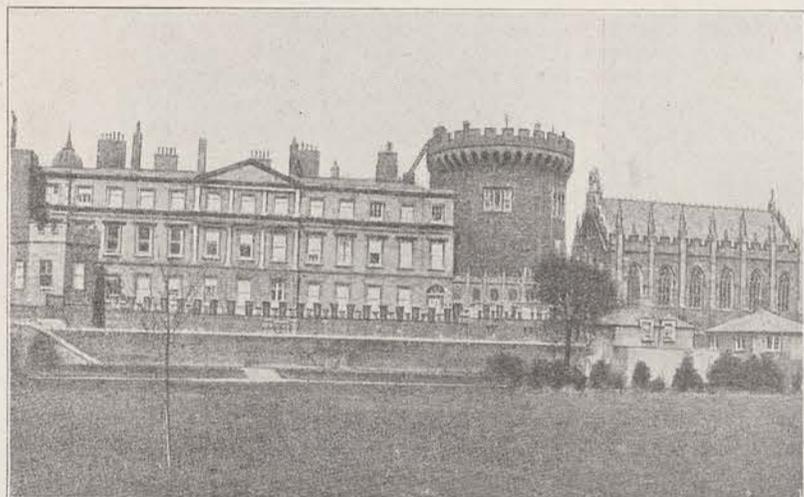
Las insignias de la orden de San Patricio, que fueron robadas en el castillo de Dublín

El castillo de Dublín está situado en una eminencia, llamada Cork Hill, que se alza en el centro de la ciudad; las numerosas é importantes reformas de que en varias ocasiones ha sido objeto, han modificado considerablemente su primitiva fisonomía, de tal manera que hoy sería imposible formarse una idea de lo que era en el siglo XIII, época de su fundación. Sus elevadas torres y sus gruesas murallas, que aún se conservan, permiten, sin embargo, suponer que su construcción obedeció á las necesidades de defensa de la ciudad más bien que al pensamiento de embellecerla. Entre los restos

aquel viaje oficial del soberano en las regiones que éste debía visitar, y el monarca pudo ver patentiza-

Este fracaso de aquella policía, considerada con razón como la primera del mundo, ha dado lugar á

que de la antigua fábrica se conservan, los más viejos, al par que los más imponentes, son las torres



Vista del castillo de Dublin, en donde se guardaban las joyas robadas



Patio del castillo. (x) Puerta de la estancia en donde se guardaban las joyas

das una vez más, durante el mismo, las grandes simpatías de que goza entre sus súbditos.

La capital irlandesa, Dublín, esperaba con impaciencia la llegada de Eduardo VII y se apercibía á festejarle dignamente, cuando un hecho inesperado fué á turbar la general alegría: las insignias de la orden de San Patricio habían sido robadas.

Para comprender la importancia que se dió á este suceso, hay que tener en cuenta, no sólo el valor de las joyas substraídas, sino también las circunstancias en que debió realizarse el robo.

Las joyas desaparecidas eran la estrella y la placa del gran maestro de la orden y cinco collares de caballeros de la misma. La estrella, de brillantes, esmeraldas y esmalte, estaba valorada en 30.000 libras esterlinas; la placa, adornada con gruesos brillantes y otras piedras preciosas, en 16.000; y los cinco collares en 4.000. Estas joyas estaban encerradas en un arca de hierro, colocada en una sala del castillo que sirve de residencia al virrey de Irlanda y en donde están instaladas las principales oficinas del gobierno, y de su custodia estaba encargado el rey de armas, sir Arturo Vicars. Siete personas tenían la llave de aquella sala, y aunque contra ninguna de ellas han podido reunirse datos que permitan establecer su culpabilidad, el mencionado sir Vicars ha sido destituido, porque por el cargo que desempeñaba era el directamente responsable, si no del delito, por lo menos de punible negligencia.

Inútil es decir que la policía, lo mismo la de Du-



Sir Arturo Vicars, rey de armas y custodio de los diamantes regios de Dublín

de Bedford y de Birmingham, que fueron construídas en 1411.

La capilla, las habitaciones del virrey, el salón de baile y el del Consejo son las partes más interesantes del edificio.

En la capilla se admiran hermosas esculturas de madera y en la galería circular figuran los blasones de todos los lores tenientes que han gobernado en Irlanda hasta 1814; los de fecha más reciente decoran los costados del altar mayor. Sobre éste hay una vidriera de colores, en la que están pintadas algunas escenas de la Pasión y encima de la cual se ven las estatuas de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad. Sobre la puerta de entrada se alzan las estatuas de San Patricio y de Brian Boraimbe, héroe popular que los irlandeses veneran del mismo modo que los escoceses á Guillermo Wallace.

Las habitaciones del virrey ocupan la parte interior del castillo.

El salón de baile, *Saint-Patrick's Hall*, está decorado con gran lujo; con bellísimas pinturas en el techo que representan alegorías ó hechos históricos, tales como: *Jorge III apoyado en la Justicia y en la Libertad*, *San Patricio predicando el Evangelio á los antiguos habitantes de Irlanda*, *Sumisión de los caudillos celtas á Enrique II*, etc.

En el salón del Consejo hay los retratos de todos los virreyes de Irlanda, á partir de la unión, siendo el primero de la serie el del marqués de Cornualles, que gobernó allí en 1800.—R.

PARÍS.—EL NUEVO JUEGO DEL «YOKO» Y EL NUEVO BAILE «LA DANZA DEL VELO»

Ya le ha salido al *diabolo* un competidor; el juego que, después de tantos años de olvido, ha resucitado, por decirlo así, y se ha extendido con pasmosa rapidez por todas partes, haciendo las delicias de los niños y de las personas mayores y animando, lo mismo los salones, que las plazas y jardines públicos, ha perdido una parte de su interés ante la novedad del *yoko*, que, parecellamado, si no á destronarlo en absoluto, por lo menos á compartir con él el imperio que entre mucha gente ejercía.

El *yoko*, que, á juzgar por su nombre, es de procedencia japonesa, consiste, según puede verse en el adjunto grabado, en imprimir á una especie de trompo, puesto en equilibrio al extremo de una varita, un movimiento rápido de rotación, lanzarlo al aire y recogerlo con la misma varita, repitiendo la operación tantas cuantas veces se puede, hasta que el trompo cae al suelo. Como el *diabolo*, puede jugarse el *yoko* individual ó entre varias personas, que se lanzan una á otras el trompo y lo recogen cuando desciende de los aires. Dos son, pues, las dificultades que hay que vencer para jugar bien al *yoko*: primera, sostener en equilibrio el trompo y mantenerle en esta posición mientras gira encima de la va-

rita, y segunda, recibirlo con ésta á su caída y conservar el movimiento de rotación para volver á lanzarlo.

También en París ha aparecido un nuevo baile de sociedad que se ha conquistado en poco tiempo el favor de los elegantes y que seguramente perdurará

más tiempo que los conocidos *Cakewalk* y *Machicha*. Estos, al fin y al cabo, son danzas más propias de café concierto y que sólo una incomprensible perversión del gusto pudo introducir en los salones; al paso que la danza del velo ó del *ballon-ballon* tiene un sello de distinción, de buen gusto y de elegancia que la hace á propósito para figurar en el programa de las fiestas del llamado gran mundo.

La danza del velo, graciosa y de armónicos movimientos, préstase como pocas á las más variadas y artísticas combinaciones y puede bailarse por una ó varias parejas, hasta el número de ocho. Cada pareja sostiene un velo, y henchiendo éste á modo de un globo, de donde proviene el sobre-

nombre de la danza, los que ejecutan ésta forman distintas figuras, que pueden variar indefinidamente.

Este baile puede bailarse en traje de sociedad ó de fantasía, siendo, según parecer de los inteligentes en estas materias, los trajes turcos ó griegos los que mejor se avienen con el carácter y el ritmo de la danza del velo.—S.



El nuevo juego del *yoko* ó del trompo volante. Fotografía de Carlos Trampus tomada en el jardín de las Tullerías de París

Este nuevo juego se halla en París en sus comienzos y los que lo cultivan han escogido como campo de operaciones el jardín de las Tullerías, de donde está tomada la fotografía que reproducimos. El interés que despierta permite, sin embargo, asegurar que antes de poco se habrá generalizado esta nueva diversión.



El nuevo baile de sociedad, «la danza del velo» ó del *ballon-ballon*. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



CÁNTICO RELIGIOSO, cuadro de Pablo Barthel



EN LA TABERNA, cuadro de J. Malhoa

EL ALMIRANTE FERREIRA DE AMARAL

El presidente del Consejo de Ministros de Portugal nombrado por el rey Manuel II a raíz de su proclamación, tiene sesenta años y es uno de los hombres más considerados de Portugal por su valor y su energía. Ha sido gobernador de las



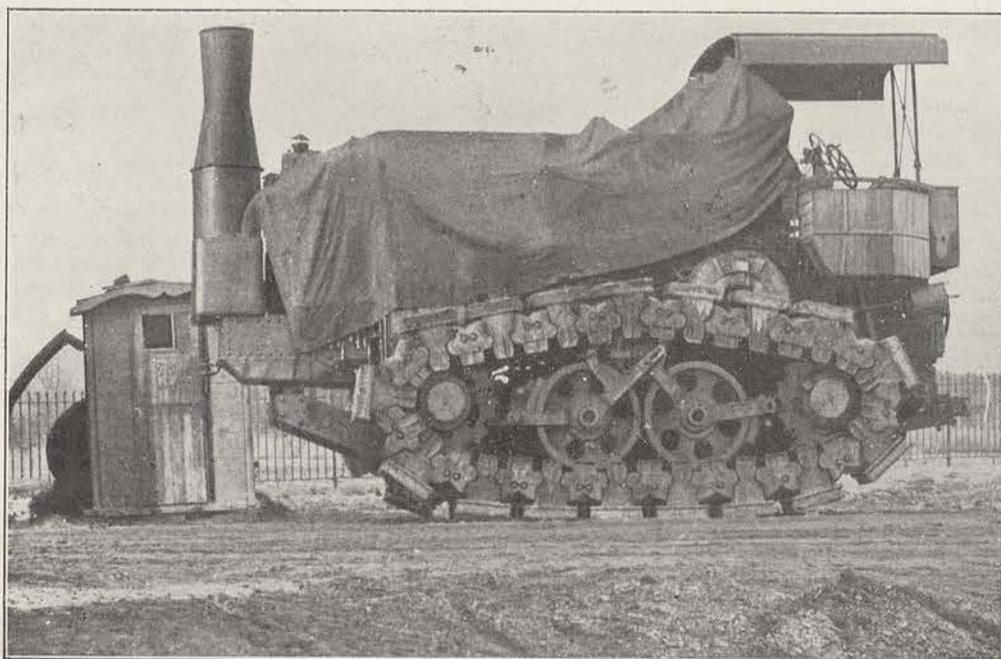
El almirante Ferreira de Amaral, presidente del Consejo de Ministros de Portugal, nombrado por el nuevo rey Manuel II al ser elevado al trono (De fotografía.)

posiciones portuguesas de la India y de Angola. En 1892 fué llamado á desempeñar la cartera de Marina en el gabinete del eminente hombre de estado y ministro de Hacienda Sr. Diaz Ferreira, y ejerciendo aquel cargo, tuvo que reprimir el movimiento insurreccional de la marina, acaecido en 1906, lo que hizo con gran tacto y firmeza.

El almirante Ferreira, comandante de la escuadra de reserva y par del reino, no pertenece á ningún partido político. Es presidente de la Sociedad de Geografía portuguesa, que cuenta en su seno con todas las mayores eminencias científicas de Portugal.

UN NUEVO APARATO PARA TRANSPORTES DE GUERRA

La sección de transportes mecánicos del ministerio inglés de la Guerra, está ensayando desde hace mucho tiempo una máquina de resultados verdaderamente extraordinarios. Trátase de una locomóvil que con la mayor facilidad y con velocidad grande atraviesa los terrenos removidos, salva las zanjas y transporta los cañones de grueso calibre á las posiciones más elevadas por las más escarpadas cuevas. Esta locomóvil es movida por una máquina de cilindros gemelos y de combustión interior y está provista de ocho ruedas que giran sobre una cadena sin fin en la que hay fijados treinta y dos dientes. Las pruebas se han efectuado en el mayor secreto y nadie



Una nueva locomóvil para transportes de guerra ensayada con buen éxito por la sección de transportes mecánicos del ministerio inglés de la Guerra. (De fotografía de World's Graphic Press.)

hasta ahora, excepción hecha de los inventores y de los funcionarios interesados, sabía una palabra de tan maravilloso invento. Los inventores han vendido su descubrimiento al gobierno inglés.

PARÍS. — MONUMENTO A SCHEURER-KESTNER

El día 11 de este mes inauguróse este monumento, erigido por subscripción pública para honrar la memoria del eminente político y hombre de ciencia francés, último diputado por Alsacia en la Asamblea nacional, vicepresidente del Senado y el verdadero promotor de aquel movimiento que terminó con la rehabilitación de Dreyfus, puesto que fué el primero que, arrojando la impopularidad y hasta el odio de sus compatriotas, él solo, contra todos, proclamó y defendió la inocencia del capitán desterrado en la isla del Diablo.

El monumento se levanta en el jardín del Luxemburgo y es obra del malogrado Dalou, que lo dejó sin terminar, y de Becker, que lo acabó. La parte arquitectónica es debida á M. Formigé. Compónese de una estela, sobre la cual se alza un obelisco y en cuyos lados se apoyan dos estatuas de mármol que representan la Verdad y la Justicia, aquélla empuñando el simbólico espejo y ésta adornada con sus clásicos atributos. En el centro del pedestal hay un medallón con el busto de Scheurer-Kestner y debajo de éste la sencilla inscripción: «Scheurer-Kestner. 1833-1899.»

El acto de la inauguración fué presenciado por los presidentes de la República, del Senado, de la Cámara de Diputados y del gobierno, y á él asistieron representaciones de las entidades oficiales, de muchas corporaciones y numeroso público. Los discursos que pronunciaron los Sres. Brissón, presidente de la Cámara, Leblois, Lalance y Clemenceau fueron muy aplaudidos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — *Salón París.* — La Sociedad de Artistas catalanes ha celebrado en ese salón una exposición en extremo interesante, no sólo por el número y la calidad de las firmas que en ella figuran, todas de verdaderos maestros, sino también por la valía de las obras por ellos presentadas. Han expuesto los pintores Llimona, Urgell (Modesto y Ricardo), Graner, Baixeras, Rusiñol, Casas, Brull, Galwey, Tolosa, Tamburini, Ros y Güell, Mestres, Cabañas, Raurich y Feliu, y los escultores Reynés y Miguel y Luciano Oslé; todos ellos han querido que esta primera manifestación oficial y pública de la Sociedad fuese digna, así de su reputación como del público de Barcelona, y justo es decir que han logrado plenamente su propósito, pues pocas veces se habrán visto reunidas en el Salón París tantos y tan notables lienzos y esculturas.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *La fortuna baja*, drama en cuatro actos de José Morató. En el Liceo se han cantado *Los maestros cantores de Nuremberg*, en cuya ejecución han sido muy aplaudidos la señora Passini-Vitale y los señores Bellatti, Giraldoni y Fazzini; pero los más entusiastas aplausos han sido para el director de orquesta Sr. Balling y para el maestro de coros Sr. Acerbi.

Orfèd Catalá. — Para la entrega oficial del órgano construido por la casa alemana F. F. Walker y C.ª, de Ludwigsburgo, ha enviado ésta al célebre organista de la Kreuzkirche, de Dresde, Alfredo Sittard, quien, en el concierto al efecto organizado, demostró, así las excelencias del instrumento, que tiene hermosísimas voces é innumerables registros que permiten una variedad infinita de combinaciones, como su dominio absoluto del mismo. Las piezas de Bach, Haendel, Liszt, Guilmant, Saint-Saens y Boildieu, que constitúan el programa, fueron ejecutadas magistralmente por el Sr. Sittard, á quien el público aplaudió calurosamente.

Otro concierto ha dado el *Orfèd*, dedicado á sus socios protectores. La primera y la tercera parte estuvieron á cargo del mencionado organista Sr. Sittard, quien repitió algunas piezas del concierto anterior y tocó otras nuevas de Bach, Reger y Rheinberger, logrando en todas ellas entusiastas aplausos. El *Orfèd*, dirigido por el maestro Millet, cantó con su acostumbrada maestría composiciones de su director, de Pedrell, Mo-

MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Raffes*, comedia inglesa en cuatro actos de los señores Hornung y Presbey, arreglada á la escena española por «Gil Parrado», y en la Zarzuela *Santos e meigas*, idilio de costumbres gallegas en un acto y tres cuadros, letra del Sr. Linares y música del maestro Baldomir.

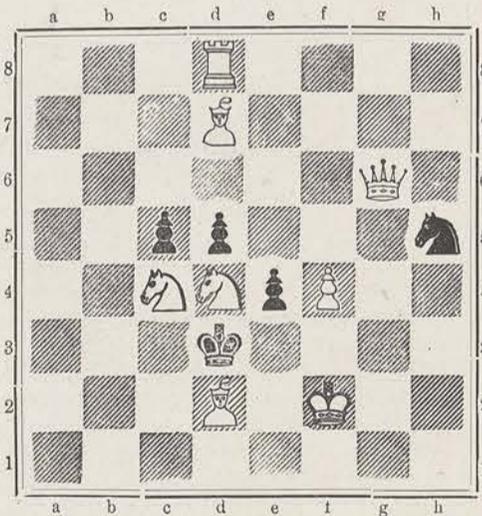


París. — Monumento á Scheurer-Kestner, inaugurado el día 11 de los corrientes. Obra de Dalou y Becker, escultores, y de Formigé, arquitecto (De fotografía de M. Rol y C.ª)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 488, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 487, POR V. MARÍN

- | | |
|------------------|----------------|
| Blancas, | Negras, |
| 1. Cd6-c4 | 1. Rd3xc4 |
| 2. Dg6xe4 | 2. Cua'quiera. |
| 3. A ó D mate. | |
| 1. | 1. d5xc4 |
| 2. Dg6xe4 jaque. | 2. Rd3xe4 |
| 3. Ad7-f5 mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|--------------------|----------------------|
| 1. Rd3xd4; | 2. Cc4-b2, etc. |
| c5xd4; | 2. Cc4-a3, etc. |
| Ch7juega; | 2. Cc4-b2 jaq., etc. |

ra, Nicolau, Saint-Saens y Haendel, siendo todas acogidas con grandes ovaciones.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fín, VIOLET, 29, B^oitaliens, Paris.



ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

Y admirado se asomaba al borde del abismo de su pecho para contemplar el fenómeno. Era como si en una página en blanco una mano inexperta se hubiera complacido en esbozar una imagen.

Y es que la golondrina errante del tío Delfín, colgado ya su nido en un alero, comenzaba á amar sin pensarlo.

El pensamiento de Alegre empezó á remontar paso á paso la historia de sus días, esa historia que él guardaba para leerla á solas, vergonzoso de que otros pudieran conocerla.

No era precisamente una historia; era una comedia, pero una comedia con escenas dramáticas. Una comedia triste, representada por un actor alegre.

Un barquinazo del bote sacó al pequeño psicólogo de sus abstracciones. Había llegado al Peñón de las gaviotas, y acababa de embicar en la playa.

Saltó á tierra, arrastró su embarcación sobre la arena por no anclarla y comenzó á trepar las agrias rocas del acantilado. Conocía sus más secretos recovecos; sólo él podía llegar hasta su abrupta cima.

Desde allí se dominaba el mar en una extensión inmensa; á distancia infinita, casi, divisábanse las blancas velas de los buques que navegaban en aquella dirección, y el humo de uno que otro vapor que en lontananza teñía el azul de la atmósfera con las turbonadas de su chimenea.

Desde allí se veía Cruz Chica, como desde un balcón; en ese momento madre Marta tendía unos trapos al sol, después de haberlos lavado.

Se veía también el *chalet* de los de Alvarado, ceñido por el parque. En él, por entre los claros de las avenidas, alcanzó á ver á su amiga jugando con el recién llegado; cazaban mariposas.

Esto no le entristeció. Si jugaban ellos, ¿por qué no había de jugar él también?

¿Y á qué había de jugar si no era á *Robinson*, su juego favorito?

Tenía en el bolsillo un trozo de galleta; esto sería la base de un almuerzo robinsonesco; pero era poco; cuando iba al islote solía llevar provisiones; ese día se había olvidado de ellas. Los mariscos de la playa, que podía coger á montones, le daban asco. ¿No tendría con qué completar su almuerzo?

—Cazaré, se dijo; hay aves en abundancia. Esto lo asemejaría más á su héroe favorito. Era una diversión nueva.

Pero las únicas armas con que contaba para apoderarse de algunos patos silvestres, ya que no pensaba atacar ni á las gaviotas ni á las golondrinas, eran los guijarros de que estaba sembrado el suelo.

Felizmente para Alegre, los solitarios habitantes de la isla desconocían el peligro, y al verlo se arrinconaban tontamente en el hueco de las rocas, lanzando agrios chillidos de protesta. Las primeras pedradas no dieron resultado: el pulso no andaba muy seguro. Pero eran tantos los patos y fueron tantos los guijarros que arrojó, que al fin hirió mortalmente á una de las aves.

Alegre dió un grito de triunfo, y seguro de que no cazaría otra, se contentó con ella. Para almuerzo era suficiente.

Tenía con qué hacer fuego, si hubiera llevado leña; pero en aquel árido peñón sólo crecían yuyos.

En la playa, sin embargo, podría recoger algún

podrido madero entre los despojos de la resaca.

Al descender el empinado murallón de rocas miró hacia Cruz Chica.

— ¡El *Relámpago*!, exclamó, viendo el vaporcito que avanzaba hacia el Peñón de las gaviotas.

Sin duda la señora de Alvarado había querido ofrecer á sus visitantes un paseo al Peñón, en cuya playa arenosa podían permanecer en las horas de la baja mar.

El primer sentimiento del negrillo fué una alegría loca. Era su amiguita la que venía.

Iría á encontrarla.

Echó al agua la *Gaviota*, plegó la vela, que no le hubiera ayudado, y triunfante se puso á remar en dirección al vaporcito.

De lejos pudo ver, á popa, á las personas mayores sentadas bajo la toldilla. Cuando se acercó no las vió más.

En cambio pudo ver á la niña apoyada en la barandilla del puente; á su lado estaba el muchacho.

Debían de ser muy divertidos sus juegos; reían con mucha alegría. La brisa llevaba á oídos de Alegre el rumor argentino de sus carcajadas.

Hizo fuerza en los remos y pasó casi rozando el casco del vaporcito.

Iba á saludar á la chiquilla, quitándose la boina, cuando le heló el saludo esta exclamación del muchacho:

—Mira el negrillo, Margarita, ¡qué feo es! ¿No es cierto?

La sangre de Alegre afluyó á sus mejillas. Alzó los ojos y pudo ver la cara del muchacho que se reía de él y la sonrojada carita de la niña. Ella era buena.

Quitóse la boina y saludó.

— ¡Te saluda!, exclamó el muchacho. ¿Es tu amigo entonces?

El negrillo alcanzó á oír un *no* que le hirió en mitad del alma. La sangre huyó de su rostro y se agolpó en su corazón. Su pecho se estremeció, como si en él hubiera estallado el suspiro que sus labios comprimidos no dejaban escapar.

Y huyó, remando convulsivamente, repitiendo con dolorido acento:

— ¡Me niega! Ella... ¡me niega!

La *Gaviota* corría como un caballo desbocado. Los brazos de Alegre parecían de acero.

Pero cuando la proa de la barquilla tocó el muelle, la fuerza nerviosa que la vergüenza y el dolor le habían dado le abandonó; sus músculos se distendieron, y tambaleándose como si estuviera borracho, subió al tablado, llegó á su casa y se arrojó en la cama.

No, allí no podía estar. La angustia que lo estrangulaba no quería testigos.

Alegre se lanzó al campo y corrió hasta que tras una lomada se perdió Cruz Chica.

El corazón del pobre niño, sediento de amor verdadero, se había entregado con desesperación, sin que su dueño se diera cuenta, á la chiquilla de ojos azules.

Alegre nunca había tenido amigos de su edad.

Quitóse la boina y saludó

Era un ciego que acababa de ver la luz del sol cara á cara.

Y la felicidad de verla lo emborrachó.

No conocía el nombre del fuego que hacía arder su corazón, pero ¿qué importaba si aquel plomo derretido se difundía por todo su ser?

Repentinamente precoz, amaba y no lo sabía.

Lo único que sabía es que se ahogaba. Alguna mano brutal fustigaba su amarga desesperación.

Se arrojó en tierra y mordió los pedruscos.

Pero la borrasca se deshizo en lluvia.

Un sollozo amargo y vibrante estalló en su pecho, y la cascada de sus lágrimas contenidas se desbordó en silencio.

Lloró como no había llorado nunca.

Lloró hasta que el tesoro de sus lágrimas se hubo agotado, hasta que su pena le rindió. En el suelo, apoyada la cabeza en una mata de paja, quedóse dormido con un sueño dulce que serenó su alma, como la bonanza serena al mar después de la tormenta.

XIX

MAL DE AMOR

Cuando madre Marta le preguntaba por qué no salía, sus respuestas le delataban.

— ¿Qué tendrá el muchacho?, decía ella; varios días hace que apenas se embarca en la *Gaviota*; si que es raro.

No era raro, era natural. El porrazo había aturrido á Alegre, que no quería volver más al *chalet*; si el mar hubiera estado bueno, al mar se hubiera ido; pero estaba malo. El río le tenía hastiado.

Pero por fin se rindió.

Cinco días pasó sin ver á la chiquilla de Alvarado, pero al sexto volvió su recuerdo á iluminar su mente. Y se decidió á embarcarse. Quería verla.

Hacia las tres, hora en que la niña jugaba en el parque embalsamado con la frescura del riacho, desató su olvidada *Gaviota* y se largó hacia el *chalet*.

¡Cómo le palpataba el corazón! ¡Dios! si parecía que iba á cometer un crimen; ¡toc, toc, toc! ¿Quieres callarte indiscreto? ¿No ves que avisas con tus latidos á los pájaros que miran con curiosidad al joven marino y se dicen maliciosamente unos á otros: miradlo ¡el que no iba á pasar?

¡Ah, los pájaros! No sólo ellos, también las mariposas y las abejas se olvidaban de sus flores para verlo pasar, y las mojarritas saltaban fuera del agua, chicoteando con sus colitas de plata las bandas de la *Gaviota*.

Pero la chiquilla no estaba. No era como en otros tiempos que en el muelle del *Relámpago*, al mediar la siesta, esperaba á la *Gaviota* para decir á su dueño con su vozecita sonora como una copa de cristal de Bohemia:

— ¡Adiós, Alegre!

No era como en aquellos tiempos en que él contestaba al saludo de la niña agitandó su boina, su hermosa boina de paño azul que el tío Jorge le había regalado para los días de fiesta y que el muy bribón usaba á diario desde poco tiempo atrás.

Decepcionado y entristecido volvió á Cruz Chica.

Más tarde remontó de nuevo el río.

¡Ay, Dios!, allí estaba, en el parque; alcanzaba á ver su sombrerito de paja; si se acercaba, desde el muelle podría verla.

Pero no lo hizo.

¡Pobre corazón! ¿Por qué tan impaciente para correr en pos de la dicha y por qué tan tímido para gozarla?

Alegre huyó cuando pudo verla, porque tuvo vergüenza. Le pareció que ella lo había visto, quizás lo llamó...

Era un tonto; merecía echarse al mar.

Corrió otro día, más largo que un invierno lluvioso.

El corazón de Alegre estaba enfermo. Ya no huiría, no, del encuentro.

Necesitaba una mirada de la niña como el pecho necesita el aire.

La flor de su alegría para abrirse quería el fulgor de aquellos ojos azules.

—¡Adiós, Alegre!, le diría al verlo cuando volviese á pasar.

Y él, herido en mitad del alma, sería magnánimo y perdonaría.

Soñó con ella, y de impaciencia se levantó con las estrellas.

A las diez de la mañana pasó frente al *chalet* por la milésima vez.

Iba nervioso. Era todo ojos, todo oídos.

De pronto oyó una voz que despertó las armonías dormidas en su alma. Su corazón vibró como un arpa.

Ella jugaba en el parque; oía por sus gritos que se acercaba.

De nuevo le acosó aquel miedo cervical que el día antes le había hecho huir. ¿Le faltaría también entonces el corazón? No, su voluntad había enfrenado su timidez.

La *Gaviota* arrastrada por la corriente enfilaba ya el muelle del *Relámpago*.

Alegre volvió á oír su voz más armoniosa que el canto de los pájaros en las mañanas de octubre; y hasta alcanzó á divisar su sombrerito en una de las avenidas del parque. Pero no estaba sola. Oía también la voz de su compañero de juegos.

El recuerdo de la feo exclamación con que le recibieron al pasar junto al *Relámpago*, caldeó el rostro de Alegre como si la acabase de oír.

Le faltó el corazón. Quería ver á la niña, pero no á su odioso compañero; no quería oír de nuevo un insulto que le sublevara; no quería que la frente de la chiquilla se sonrojara por su culpa, y que sus labios lo negaran.

¿Pero huir?... Hacía tanto tiempo que ansiaba verla; estaba enfermo del alma, ¿cómo iba á huir, pues, en el instante soñado?

La cortina de sauces de la otra orilla, salvó la situación.

Allí se ocultó con su *Gaviota*; desde allí podía ver sin ser visto.

Casi dió un grito cuando vió á la niña sobre el muelle, á corta distancia del lugar en donde él se hallaba.

Con su vestidito celeste como el cielo y como sus ojos, y su sombrerito de paja blanca con flores; con sus mejillas coloreadas por la alegría de sus juegos; con su boquita fresca, siempre risueña, ¡qué linda estaba!

Alegre se olvidó de todo lo que había sufrido, se sintió feliz. ¿Quién podía estar triste viendo aquel ángel?

Sus ojos, clavados en la chiquilla, lanzaban chispas de alegría.

Su compañero llegó tras ella. Traía en la mano un juguete: era el barquito, arrebatado á las olas dos veces por Alegre.

—¿Andará?, preguntó el muchacho, acercándose á la orilla.

—¡Oh, sí! Ya lo verás. Déjame que lo eche al agua.

—¡No, no! Lo voy á echar yo.

Y el chico botó el barquito que flotó gallardamente, balanceando su casco sobre el agua.

—¡Ay! ¡Lo dejas ir!, exclamó su dueña, viendo que lo había soltado sin la amarra de costumbre.

El barquito giró un momento; sus velitas se hincharon con la brisa, y arrastrado por ellas y por la corriente, fué primero hasta el medio del río, y después río abajo, río abajo.

—¡Se me va! ¡Se me va!, exclamó la chiquilla, llo-

rando. Era el mismo grito que oyera días antes Alegre.

Pero no se atrevió á moverse de su sitio. Acababan de llegar á la orilla la señora de Alvarado y sus dos amigas. Tenía miedo de que creyeran que estaba oculto, esperando la ocasión para alguna travesura.

—¡Se me va, mamá!, exclamaba entre tanto la niña, señalando el barquito ya lejano.

El muchacho reía.

—¡Bien hecho! Si me hubieras avisado...

Las señoras diéronse cuenta de aquel drama infantil. Era imposible auxiliar al barquito, demasiado lejos ya.

—Ven acá, hija mía, dijo la madre del niño.— Julio es un chico malo; yo te daré otro igual, mejor, si quieres.

—No, no; igual.

—Bueno, igual.

—Pero ¿de veras?

—Sí, sí; te lo prometo.

Las lágrimas de la niña se trocaron en sonrisas.

—Bueno; ahora tienen que abrazarse como amigos. Julio, da un abrazo á Margarita para que te perdona.

El muchacho, riéndose, abrazó á la chiquilla.

—Y un beso, añadió la señora.

Julio besó á la niña en la mejilla, roja de rubor como una guinda.

—¿Lo perdonas?

—Sí, lo perdono; somos amigos.

Era demasiado para Alegre, espectador de la escena. Sintió que sus sienes ardían, que su corazón estallaba. Tuvo que apoyarse en la borda porque le daban vértigos, y cerró los ojos, porque después de lo que había visto no quería ver más.

Aún hubo de esperar mucho para abandonar su escondite. Cuando no oyó más voces salió de él, y sin voluntad para guiar el bote, se dejó llevar á merced de la corriente.

Su alegría se había apagado.

Hay cerebros que piensan antes de la edad del pensamiento, y hay corazones que aman antes de la edad del amor.

La partida es para ellos desigual. Para gozar son pequeños, para sufrir son grandes.

El corazón de Alegre, repentinamente precoz, había despertado de una sed inmensa de afectos.

La chispa de unos ojos azules había encendido en él una llama; los celos habían convertido el hogar en fragua.

Porque Alegre tenía celos.

—Se avergüenza de mí; y de él... ¡Dios mío!, de él es amiga; si yo la saludo se pone colorada como la cresta de un cardenal; si él la besa se alegra. ¿Por qué será así?

Madre Marta había llegado á ser madre de veras. Sabía ya leer en el corazón de Alegre, descifrando los pliegues de su frente. Cuando el muchacho llegó, la buena mujer leyó el primer canto de un poema apenas esbozado.

—¿Tienes algo, hijo mío? ¿Estás enfermo?

—No, madre; no tengo nada.

El chico sonrió, pero en su sonrisa leyó Marta un canto más.

¡Pobre Alegre!

No era psicólogo, pero le gustaba penetrar el enigma de sus sentimientos. Cuando se acostó, rompió en sollozos, secos como los primeros resuellos del huracán. Un viento desconocido, que no estaba en la rosa de los vientos, comenzaba á revolver las olas de sus pesares.

Sentía el cruzado de algo que se desgarraba en su alma. Era el segundo acto del drama de su vida. Moría el niño y se levantaba el hombre.

Esa vez era el hombre de veras, que ama, que tiene celos, que odia.

No; en esto no lo era; Alegre no odiaba; hubiera abrazado al rival que sin saberlo le robaba la dicha, arrebatándole su amor.

Pero una hora larga riñeron silenciosa refriega su bondad y su dolor. Una hora fué preciso para que llegara á amar á su rival y á perdonar á la niña que le había herido.

Entrado en esta serie de pensamientos, acabó por resignarse. Era humilde, y se postraba ante su suerte. Era amante, y prefería sufrir á renunciar á su amor.

Su espíritu se serenó. Y cuando en la copa de sus sentimientos se endulzó la hiel, cuando el amor derrotó á los celos, Alegre se sintió libre para llorar.

Y lloró...

Una mano solícita habíase posado en su frente que ardía; una mano había acariciado sus mejillas mojas con sus lágrimas.

Por ellas descifró la madre el tercer canto del poema.

—¿Lloras, hijo mío? ¿Lloras, Alegre? ¿Qué tienes?

Alegre no respondió; hízose el dormido.

Ella lo besó en la frente y se fué.

Había leído el poema del amor en tres cantos. Primero la alegría insólita, quebrada por la tristeza; primer canto. Después el disimulo que enmascara la pena; segundo canto. Más tarde las lágrimas francas que rompen el dique y se desbordan á torrentes; tercer canto.

Alegre amaba ¿A quién? Ella lo adivinaba; Alegre sólo podía amar á la chiquilla Alvarado.

—Ludovico, dijo esa noche á su marido, Alegre está enfermo.

—¿Sí? Pues no lo he notado. ¿Y de qué está enfermo?

—No te vayas á reír, hablo en serio.

—Ya estoy riéndome; siempre que me recomiendas esto es porque vas á soltar alguna barbaridad.

—No, no; ya verás; Alegre está enfermo de mal..., escucha bien..., de mal de amor.

Padre Ludovico soltó el trapo á reír con tantas ganas como si en ello le fuera la vida.

—¡Mujer, tú ves visiones! ¡Qué ha de estarlo!

—Vaya si lo está; si sabré leer yo en esas cartillas.

—Pero ¿de veras?

—De veras; como hay Dios.

—No te creo.

—No me importa; me creas ó no, el muchacho quiere y con toda su alma.

—¡Tromba y retromba! Chiquilladas á lo más.

—Es lo que digo yo; pero son chiquilladas que él se las toma tan á pecho como si tuviera media vara más de alto.

—¡Vaya, vaya! Pronto carga mayores; y ¿quién es la favorecida?

—Eso no lo sé, respondió madre Marta, mintiendo redondamente.

¡Vaya si lo sabía!

—Bueno, bueno; apostaría cualquier cosa á que la chica no vale la mitad de lo que vale él; porque ¡tromba!, como diría Jorge, es una perla el muchacho; á hermoso y despierto nadie lo gana. ¡Lástima que tenga encima esa capa de corcho quemado! Pero ¿sabes, mujer? Yo creo que si Alegre fuera blanco no sería tan lindo; ¿qué te parece?

—Lo mismo pienso yo; pero quizás no lo crea así la favorecida.

—¡Psh!. Peor para ella. Conque así, déjalo; si está enfermo, se curará; no hay mal que cien años dure; y el de amor, ni cien días.

Ni cien días, hecho el cálculo sobre el común de la gente. Pero Alegre era de otra pasta.

XX

LA CITA

—Sí, muchacho, sí, decía á la mañana siguiente padre Ludovico á Alegre; si tienes ganas, me alegro; por mi parte puedes ir; el día está como nunca y la mar te sentará; la mar es buena para el cuerpo y para el alma. Rema, rema, que eso hace bien; pero, lo de siempre, mucho cuidado, y al primer amago de ventolina, proa al puerto.

Corría una dulce brisilla del Sudeste. Para tomarla de lleno y dirigirse al Peñón de las Gaviotas con viento en popa, Alegre costeó hacia el Sudeste.

Habría andado unos doscientos metros, cuando alcanzó á divisar un objeto extraño en la arena de la playa. Acercóse y fué á examinarlo.

—¡El barquito!, exclamó, lleno de alegría, recogiendo el juguete que las olas habían arrojado en la playa.

Estaba intacto, las velas un poco mojadas y nada más; el pobre había hecho sin duda el viaje panza arriba.

El hallazgo era de buen agüero para el éxito de la jornada.

Ese día, en el Peñón de las gaviotas, Alegre se dió el lujo de hacer su soñado almuerzo Robinsonesco, con fiambres que llevó y un pato salvaje que mató de una pedrada; habíase provisto de leña y pudo asarlo, pero no comerlo; estaba detestable.

Sin embargo, la diversión le pareció excelente; todo consistía en no olvidar la sal para otra vez.

Después corrió carreras en la playa con Tell; tiró palos al mar para que el perro se los trajera; se bañó en las bullentes olas que se revolcaban en las grutas del acantilado. Volvió á ser el Alegre del tío Delfín.

Al mediodía, cuando de vuelta ya, iba á atracar en su muelle, tuvo que aguardar que pasara el *Relámpago*, que echando torrentes de humo por su chimenea roja, tomaba rumbo hacia Buenos Aires.

—Se van las visitas, dijo para sí el negrillo, viéndolas en la toldilla, y se van solas; los de Alvarado se quedan.

Y rumiando este pensamiento le entró tal alegría, que echó á correr por los campos, loco de gusto.

—¿Lo ves?, dijo padre Ludovico á su mujer cuando el muchacho llegó á las casas con el aspecto radiante; la mar lo ha curado; la mar hace bien al cuerpo y al alma; lo que yo decía: chiquilladas, ¿has visto?

A la siesta, Alegre, en su *Gaviota*, volvió á recorrer su itinerario habitual por el río.

No tardó en ver el sombrerito de Margarita. Estaba en el muelle.

—¿Pasaré ó no?, se preguntaba el negrillo indeciso.

Por fin se decidió, tomando un término medio.

Cerró los ojos, estribó en el último banco, y remando con toda su alma, lanzó la embarcación corriente arriba.

Pero no pudo pasar de largo, porque una vocecita cariñosa lo llamó.

—¡Alegre, Alegre!

El muchacho, triunfante, pero temblando de emoción, refrenó su desbordada *Gaviota* y se acercó al muelle.

—Ya se fueron, le dijo ella.

—¿Quiénes?

—Las visitas. Ya se fué Julio.

Se llamaba Julio; su nombre en boca de la niña supo á acibar al negrillo.

—¿Y lo sientes?, se atrevió á preguntar, soltando las palabras sin medirlas.

—No, porque nos enojamos, ¿sabes?

Alegre respiró y la miró profundamente, sintiendo en sus ojos todo el peso y toda la dulzura de las miradas de aquellos ojos de cielo.

—¿Por el barquito se enojaron?, dijo al rato él.

—No, por eso ya nos habíamos amigado. Fué por otra cosa.

Y ella le contó toda una historia de reyertas, de juguetes rotos, de lágrimas, de promesas. Era un poema digno de un Homero pequeño.

Alegre se embriagaba en aquella música.

—¿Y el barquito?, preguntó, cuando la chiquilla hubo concluido su poema.

—Me lo llevó el río.

—¿Y si yo te lo trajera?

—¿Tú, Alegre? ¿Otra vez? ¡Imposible! ¿Quién sabe dónde estará ya!

—Pero ¿y si te lo trajera?, insistió el muchacho.

—Si me lo trajeras... seríamos amigos, ¡pero muy amigos!

¡Ay! Eso era más para soñado que para visto.

En el fondo del bote estaba escondido el barquito. Alegre lo presentó á su dueña.

—¡Mi barquito!, exclamó la niña; ya no esperaba verte, picarón; te fuiste sin decirme adiós, pero te han vuelto á traer.

Una loca alegría se había apoderado de ella. Lo acariciaba, le hablaba, lo besaba...

Alegre esperaba, silencioso, que aquello pasara. La chiquilla lo miró; sin duda adivinó en sus ojos los sangrientos celos que tenía del juguete, porque se acercó á él, le dió la mano y le dijo:

—Gracias, Alegre; tú eres más bueno que Julio, pero mucho más.

El niño apretó la blanca manita que le ofrecían, poniendo en ese apretón toda su alma.

Ella añadió:

—Y yo seré más buena contigo que con él.

—¡Margarita!, exclamó Alegre sin poder contener su entusiasmo.

—¿Sabes mi nombre?

—Sí; ¿no te acuerdas cuando fueron en el *Relám-bago* al Peñón? Al pasar cerca del vaporcito él te dijo: «Margarita, mira el negrillo...»

La chiquilla se puso roja de vergüenza.

—Sí, sí, ya me acuerdo, dijo, interrumpiéndolo.

Y como respondiendo á una cuestión que el niño no había entablado, dijo:

—Pero desde ahora seremos amigos.

—Yo lo he sido siempre, Margarita..., indicó tristemente Alegre.

—Bueno, bueno; miss Fulton va á venir y no quiero que me encuentre contigo. Mañana pediré permiso á la hora de la siesta... ¿Te acuerdas de lo que me prometiste hace muchos días?

—¿Qué cosa?, preguntó Alegre, deseoso de retenerla un instante más.

—¿No te acuerdas? Eso del bote; íbamos á andar en bote.

—¡Ah, ya! ¿Quieres andar ahora?

—No, ahora no; otro día, mañana; no tengo permiso y miss Fulton me sacaría los ojos.

—Si es así, yo no quiero que te los saquen...; son demasiado lindos.

La chiquilla pagó con una sonrisa aquella galante-

—Sí, me gusta; pero...

—Concluye.

—¿A qué hora volveremos?

—¿Qué música es esa? Cuanto más tardemos mejor para ti, ya que te gustan los viajes.

—Es que yo me aburriría si fuera muy largo, murmuró Alegre.

Padre Ludovico y madre Marta comprendieron por qué.

El tío Jorge no; tembló de indignación desde la quilla á las cofas.

—¡Tromba, retromba!, exclamó.

¿Te aburrirías? ¡Truenos y relámpagos! Entonces tú no eres un marino, tú eres una muchacha que se aburre en la mar; apuesto á que también te mareas. ¡Habrás visto un grumete de tamaña arboladura! Digo, un capitán, un capitán que se aburre á bordo; ¿en qué quedamos?

Alegre se sintió anonadado; era mentira, él no se aburría; pero ¿cómo descubrir su secreto y cómo faltar á la cita? El muchacho, tímido y dócil, se hizo fuerte.

—Yo quisiera ir, tío Jorge.

—Pues iremos.

—¿Y á qué hora estaremos de vuelta?

—¡Dale con la música! Pues volveremos..., ¡tromba!.. ¿Qué te parece al mediodía, después de almorzar en el barco?

—¡Espléndido! Así sí me gusta.

—Ya decía yo; ¿cómo no ibas á tener ganas de embarcarte tú, un marinerote más amigo de la mar que los delínes? Bueno, pues esta noche te acostarás temprano, que á las cinco ya habremos soltado la amarra, si no es antes; la carga está á bordo; yo dormiré en la barca.

El buen marino dió una palmadita en la mejilla á Alegre y las buenas noches á todos y salió, murmurando:

—¡Tromba, si está obscura la noche! Pues fiese uno de la luna; al paso que va, primero saldrá el sol que ella.

Y se hundió en la obscuridad, dejando un reguero de humo y de trombas.

Mucho antes de rayar el alba, la *Bella Italia* estaba lista para zarpar, y su gruñón capitán preparando el café para el desayuno y echando trombas contra su grumete que aún no parecía.

Pero éste no se había dormido. En cinco minutos abrió los ojos, se vistió y estuvo á bordo.

—¡Tromba con el chiquillo!, gruñó el tío Jorge al recibir sus buenos días; ya creía tener que buscar otro grumete. Y luego has de querer volver al mediodía.

—Pero si todavía no son las cinco ni ha salido el sol.

—Pero saldrá, muchacho y serán las cinco... cuando las dé el reloj; ¡si querrás enseñarle á un viejo lobo como yo! Vamos, toma; está amarguito y caliente, como conviene á un marino; toma también y procura hincarle el diente á esa galleta, no es blanda del todo; y despacha pronto, no quiero que el sol nos pille en Cruz Chica; la brisa es buena, pero amarrará en cuanto el sol caliente y tendremos que hacer el viaje á remo.

En menos que canta un gallo echó Alegre á su bodega la galleta marinera ablandada en el humante y sabroso café. Jorge era un maestro en prepararlo.

Ya él se había desayunado y se ocupaba á la sazón en izar la gran vela latina de la *Bella Italia*, que no bien sintió las caricias del viento, se irguió, gimiendo como si la hubieran despertado repentinamente, de un puntapié.

—Desata la amarra, que nos largamos; ya verás qué andar tiene mi barca; ya verás, ¡tromba!, si hay muchas que, en menos tiempo, pinten la estela que ella pinta.

Alegre soltó la amarra; la barca tembló de placer y cinco minutos más tarde se largaba proa al Sur y viento en popa, dejando tras sí un hervidero de espumas blancas.

Tiempo hacía que Alegre ansiaba maniobrar en un barco más formal que su *Gaviota*.

(Se continuará.)



Gracias, Alegre, tú eres más bueno que Julio, pero mucho más

ría y tendió la mano á su amigo. Él se la retuvo un instante, fijando en sus ojos azules y dulces los suyos ardientes como el sol de los trópicos. En aquella mirada le mostraba la inmensidad de su alma, donde ella mandaba como reina.

—Adiós, Alegre, hasta mañana.

Él no respondió; estaba hechizado, siguiendo con la vista su vestidito azul que se perdía entre la arbolada.

Ese día sí que era feliz Alegre; la chiquilla le había dicho: «Tú eres más bueno que Julio.» Y él saboreaba con delicia toda la miel de esas dulces palabras. Cuando entró en su casa, Ludovico y su mujer se sonrieron maliciosamente.

—¡Diablo de muchacho! ¿Qué te pasa? Ayer no más, estabas tan tristón que daba lástima verte, y hoy, vamos, hoy tienes un aire de triunfador que... me parece, digo, estoy sospechando ciertas cosillas. ¿Qué será, Alegre?

Alegre cerró los ojos, avergonzado, como si temiera que ellos pregonaran su secreto.

—Bueno; tú nada quieres contarnos, no importa; si estás alegre, como tu nombre, eso nos basta, guarda tus misterios.

A la noche, mientras cenaban, entró el tío Jorge, como de costumbre, con su eterna pipa en la boca.

—Alegre, dijo, esta vez mi visita es para ti. Estoy de viaje; mañana iré á Necochea. Tengo que llevar unos barriles de aceite. Mi hijo, que tiene entre manos un trabajillo, no puede acompañarme; necesito un compañero: ¿quieres venir conmigo?

El primer deseo del muchacho fué aceptar; después recordó la cita que su amiguita le había dado, y ¡cómo iba á faltar á ella!

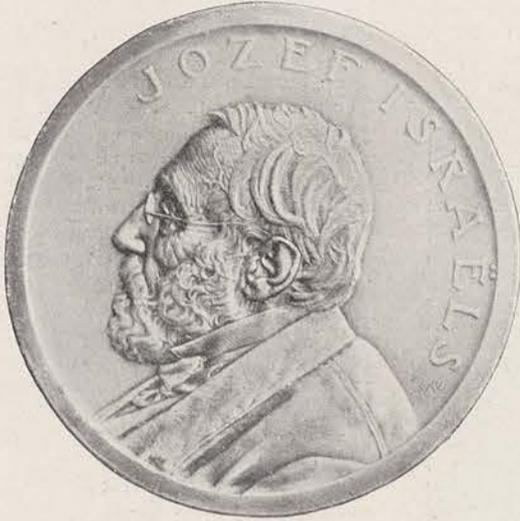
—Vamos, ¿qué dices? ¿No te gusta? ¡Tromba!

EL NOTABLE MEDALLISTA HOLANDES J. C. WIENECKE

Entre los artistas que en la actualidad cultivan con más éxito esa rama especial del arte del relieve que hoy vuelve á lograr el favor de que en otros

memorativa del advenimiento de la reina Guillermina al trono, y Wienecke, aunque no se dedicaba entonces á esta especialidad, presentó un proyecto que

obtuvo el primer premio. Este triunfo le animó á seguir dedicándose á esa clase de trabajos, y habiendo vacado poco después una plaza de la Casa de la Mo-



Retrato de la madre de WIENECKE



Anverso y reverso de la medalla dedicada al eminente pintor JOSÉ ISRAËLS, con motivo del 80.º aniversario de su nacimiento



Anverso y reverso de la medalla dedicada al arquitecto de La Haya J. VAN LORKHORST



Anverso y reverso de la medalla de oro del Sindicato de Refinadores de Java, para premiar anualmente á los agraciados en un concurso científico ó técnico

tiempos gozara, figura el autor de las medallas y planchitas que en esta página reproducimos.



Anverso y reverso de la planchita dedicada á VAN EELDE, que durante cuarenta años fué director de la Casa de la Moneda de Utrecht



Anverso y reverso de la planchita dedicada al pintor J. de HAAS, con motivo del 70.º aniversario de su nacimiento

Wienecke nació en Prusia en 1870, y después de haber estudiado en la Escuela de Arte aplicado de Amsterdam y en las academias de Bellas Artes de Amberes y Bruselas, trasladóse á París, en donde perfeccionó sus estudios en los talleres de los profesores Cola Rossi, Julián y Dionisio Puech.

Después de permanecer cinco años en la capital de Francia, regresó á Holanda. En 1898, las autoridades municipales de Amsterdam anunciaron un concurso para premiar la mejor plancha con-



Anverso



Planchita conmemorativa de unas bodas de plata



Reverso

Planchita de la Sociedad holandesa-belga de los amigos de la Medalla Artística. (En el anverso, el retrato de la reina madre de Holanda.)

quiso perfeccionar y ampliar sus conocimientos como medallista, y á este efecto estuvo una temporada en la Casa de la Moneda de París bajo la dirección de M. Patey.

Actualmente ocupa aquel importante puesto, en el que ha dado relevantes muestras de sus especiales talentos artísticos, según puede verse en la numerosa y variada colección de obras suyas que adjuntamos publicamos.—X.



San José, cuadro central de la capilla de San José de Toledo, obra de *el Greco*. (De fotografía de C. Alguacil.)

DOS CUADROS DE EL GRECO
existentes en la capilla de San José, de Toledo

Otras dos producciones de aquel esclarecido pintor, á quien se apellidó *el Greco*, reproducimos en estas páginas religiosas de que se hallaba saturado el espíritu de aquel celebrado artista, y ambos atestiguan el descuido y abandono de que han sido objeto por parte



La Coronación de la Virgen, cuadro de la capilla de San José de Toledo, obra de *el Greco*

nas, que figuran en el paramento central de la capilla de San José de Toledo. Representa una de ellas á San José, bajo cuya advocación se halla la referida capilla, al que sirve de coronamiento otro cuadro de menores dimensiones, representando, á su vez, la Coronación de la Virgen. Ambos pregonan la intensidad del sentimien-

de aquellos que por deber y patriotismo debían haber procurado su conservación, teniendo en cuenta que representan una piadosa ofrenda y dos obras de arte. Réstanos expresar el deseo de que por quien corresponda se adopten las necesarias disposiciones para evitar que á los dos cuadros á que nos referimos les quepa igual suerte que á los que recientemente se extrajeron de la misma capilla para ser vendidos en París.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de exito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



Marruecos.— Las últimas operaciones realizadas por las tropas del general d' Amade Paso del río Neffigh por la sección aerostática que conduce el globo cautivo. (Fotografía de M. Rol y C.ª)

Las tropas francesas al mando del general d' Amade prosiguen sus operaciones de avance, aunque no con la facilidad con que sin duda esperaron realizarlas. En efecto, los chauias, primeramente solos y luego ayudados por las fuerzas de Muley Hafid, han obligado, unas veces con su resistencia defensiva y otras tomando la ofensiva, al general d' Amade á empeñar una serie de combates reñidísimos y alguno de ellos de resultado muy dudoso, ya que, al través del optimismo de los partes oficiales, se adivina que los franceses se vieron en una situación en extremo comprometida y hubieron de retirarse con sensibles pérdidas entre los vigorosos ataques del enemigo. Tal sucedió el día 5 en las inmediaciones de Settat, en el que los 4.600 hombres mandados por el coronel Boutegour y por el propio general d' Amade, vieron acometidos por más de 8.000 marroquíes. Los franceses lucharon valientemente, llegando los artilleros á combatir cuerpo á cuerpo; por fin consiguieron rechazar al adversario

y entrar en Settat, hallando esta plaza casi enteramente destruida y abandonada por sus habitantes, excepción hecha de los judíos que se presentaron á los franceses y les dieron pormenores acerca de las pérdidas sufridas por los chauias y los hafidistas que, según parece, se elevaron á 800 bajas entre muertos y heridos.

Las pérdidas de los franceses consistieron, según se consigna en los partes oficiales, en tres muertos y 24 heridos. Es de creer, sin embargo, que la bajas fueron más numerosas, dado lo encarnizado de la lucha.

Los franceses no han permanecido en Settat, por ser esta posición de muy difícil defensa, sino que el día 6 regresaron al campamento de Zaniet-et-Mekki, base de aquellas operaciones.

En aquella expedición, las tropas del general d' Amade se apoderaron de importante botín y destruyeron varios aduares.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS RES DE **JORET-HOMOLLE**

CURA **LOS DOLOROS, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Pildoras Orientales**, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 750 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferriera, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre **Depurativo Vegetal** cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL** Vicios de la Sangre, Herpés, Acne. **EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO** H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS B^o St-Denis, 16

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra **ASMA**

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTÁTICA

Se receta contra los **Flujos**, la **Clorosis**, la **Anemia**, el **Apocamiento**, las **Enfermedades del pecho** y de los **Intestinos**, los **Espustos de sangre**, los **Catarros**, la **Disenteria**, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.